

DIARIO DE UN ANURO

Alaska, 13/05/2020,

Querido diario,

Hoy estoy yo aquí, un día más, sobre las negras turberas y bajo las duras rocas que me dan cobijo al lado de mi querida y amada charca de hielo. Yo, una extremófila austera, luchando e intentando sobrevivir a este largo invierno, adormecida, medio viva medio muerta, perdida en mitad de esta blanca tundra, empiezo a despertar. Ya es primavera y puedo sentir como se funde la nieve a mi alrededor formada durante la hibernación por sucesivas ráfagas de viento y golpes de frío de hasta -30°C bajo cero.

Mi piel verdosa, viscosa y rugosa de tez morena y un toque rojizo oxidado que está congelada por la escarcha de los vientos del norte, empieza a descongelarse, poco a poco, por el calor que nos regala nuestro "Dios Sol" cada primavera, luciendo vertical y vigoroso en este día y llegando a rozar casi el zenit para arropar el manto blanco del invierno más invernal, bañando con su luz al horizonte y pintando las llanuras color dorado pardo.

Las primeras gotas de nieve derretidas recorren mi negro antifaz hasta llegar a mis ojos y junto a esa gota añado yo la última gota que me queda en el interior para llorar junto al invierno, al filo de la muerte y la deshidratación, después de esta larga invernada que hemos pasado juntos, alegrándose la tierra del bendito calor, al igual que lo hago yo, y dando gracias, una vez más, por su ansiado regreso.

Lloro de júbilo y alegría, porque hoy, después de esta larga espera de más de seis meses con la mayor parte de mi cuerpo muerto, resucito como Lázaro, notando como la glucosa de mis células ralentizadas por el frío mantienen mi cuerpo en pié, a duras penas.

Mi corazón empieza a latir vergonzoso pero alegre y, a cada latido, se oye más y más vivaz. Comienzan a activarse mis miembros preparándome para salir ahí fuera y enfrentarme de nuevo a la vida justo después de haberme enfrentado a una lenta, larga y fría muerte.

Puedo notar un cosquilleo exterior, creo que son las vibraciones de las criaturas de Dios revoloteando a mi alrededor, moviéndose sin control, regocijándose en la primavera, retozando como cabritillas, andando por los cielos más templados y nadando entre las flores primaverales más pintorescas.

Despierto de mi letargo invernal y lo primero que siento es sed y mucha...mucha hambre. Mis ojos se abren para contemplar el colorido paisaje primaveral, deleitando mi alma, pero me rugen las tripas y me hacen poner los pies en tierra de nuevo. Me dispongo a cazar para satisfacer mis ansias de comer y poder seguir en el juego de la vida, la gran rueda biológica.

Tengo tanta hambre después de morir que me comería una “*bacabosa*” o incluso un rico caracol con cáscara y todo, unas larvas fritas o un revuelto de huevos de anfibio con patas de escarabajo. ¡Que hambre!. Pero estoy tan débil que me conformaré con un salteado de verduras.

Estaba yo despistada mirando el reflejo del cielo y las nubes en el agua ya derretida y tibia de mi querida y amada charca, con la barriga llena encima del mullido musgo, tomando el sol y calentando mi sangre, panza arriba y relajada entre sol y sombra de unos bonitos arbustos. Hasta que de repente, apareció una vil musaraña de entre los arbustos, igual de hambrienta que yo, con esos grandes dientes sucios de soricideo, intentando mascar mis ancas aún entumecidas por la larga hibernada para llenar su barriga gorda y peluda, pero tras un quiebro con mi anca derecha y un dribbling de mis membranas interdigitales, conseguí saltarla para hacer un aterrizaje forzoso e impactar con el agua, zambulléndome en mi querida y amada charca sana y a salvo.

Harta de estar sola, decido salir a socializarme después de este duro encierro invernal y allí estaba él, un estirado galán, atleta y con las potas posteriores musculosas, bajo un rayo de luz que iluminaba su triple párpado y sus ojos, postrado encima de aquella roca, con esa dentadura homodonta tan blanca y resplandeciente, no tuve más remedio que enamorarme. Ya lo dice el refrán...la primavera la sangre altera!

Así que vivimos juntos todo el verano y parte del otoño, tuvimos huevitos, fuimos felices y comimos lombrices.

De nuevo vivo, otra primavera, otro verano y otro otoño para volver a morir en el próximo invierno, como todos los años, cuando la tierra se incline en pro del hemisferio sur y hasta el siguiente sol naciente de la próxima primavera!



Lithobates sylvaticus, alias “La rana del bosque”.